

"No lograba convencerme a mí mismo de que era escritor"

El regreso del poeta inédito

Hace años, décadas, las piernas de un servidor eran ágiles, y en su barba no asomaría ni una cana si servidor hubiera osado dejarse la barba, una decisión que por entonces podría sonar a provocadora, desafecta al Régimen. Era enamoradizo y versátil. Yo no tenía la culpa de que fuesen novedosas las forasteras que por unas semanas animaban los veranos de nuestra villa romántica, y en mis asedios no me venía nada mal mi fama local de escritor. Por entonces aprendí que si uno no es precisamente un Gary Cooper, acaso la revancha pueda encontrarla en la luz, en el sutil poder de seducción de las palabras. Por ahí navegan mis recuerdos de aquel noviciado sentimental.

Pero, ¿era yo, realmente, un escritor? Escribía poesía, y mis versos se publicaban en revistas respetadas, "Alba", "Caracola", "Poesía española", "Claraboya", también sonetos de amor en los ya últimos tiempos de "Espadaña"... Mis cuentos -un género que empezaba a engancharme con fuerza- esperaban abrirse camino hacia "Ínsula" o "La Estafeta", quizá ilustrados por Antonio Mingote o Tauler o Zamorano.

Tiempo adelante, cuando iba por Madrid, a la hora del café me hacían un sitio en la tertulia del Gijón: no en el diván de peluche, tanto no, pero bastante próximo para alternar con los consagrados. Y sin embargo, a pesar de tan paciente noviciado, no lograba convencerme a mí mismo de que era escritor, y mucho menos declarárselo a nadie.

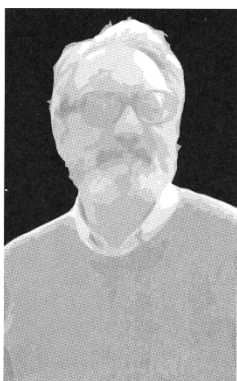
Era una sensación desazonante y yo sabía la causa. Tenía en mi cuarto una colección de carpetas con textos que llevaban impresa mi firma, hojas sueltas, volátiles, inseguras. Pero no había publicado un libro. En Madrid me preguntaban: "¿Tú tienes algo en 'Ágora'? ¿O es en 'Halcón'?, los de 'Halcón' están publicando mucho y son libros que no están mal". Yo me ruborizaba. Precoz en asomarme a las páginas periódicas, comprendí que si retrasas tu primer libro te quedas huérfano de generación, y si no estás en tu generación no sales en las fotografías, hay por ahí muchas fotos en que yo podría y debería estar, con mis hombros algo desnivelados y la americana cruzada, y no estoy.

Me atreví. Junté un montoncillo de folios y los grapé. Fue una sensación nueva y gratificante. Por fortuna, deseché la idea de la encuadernación pomposa que gusta mucho a los concursantes "profesionales". Sólo la grapadora.

Por un breve gesto mecánico, lo volandero se convertía en un cuerpo cierto, un objeto del que apenas me separaría hasta entregárselo a un editor. El poeta César Aller me había allanado el campo hacia Ediciones Rialp, donde el también poeta Luis Jiménez Martos dirigía la colección Adonais. Luis contó nuestro encuentro en unas memorias que salieron algo antes de su muerte, donde exageraba un poco mi ansiedad por la edición de *El regreso*.

Salió mi primer libro el 15 de mayo de 1964, el día de San Isidro nada menos, y no percibí, francamente hablando, ni una emoción memorable ni que aumentase mi fama exigua ni mi autoestima. Pero unas semanas más tarde... Unas semanas más tarde unas manos amigas me trajeron un periódico muy abultado, "La Vanguardia", de Barcelona, y fue abrirlo al azar y ante mis ojos incrédulos se desplegó una de las

páginas primeras, la once, con mi nombre en letras de cuerpo grueso: ANTONIO PEREIRA, NUEVO POETA.



La amplia página se dedicaba íntegramente a *El regreso*, mi primer libro, elogiosamente, con un antetítulo que anticipaba cierto aroma favorable- "Palabras, formas, emociones"- "La sencillez y la transparencia de la expresión, la cálida temperatura humana que el poeta transmite, el tornasol psicológico de todo eso que le impresiona a lo largo de su divagación por las calles que le imponen rutas al azar..." Y al final una firma, M. Fernández Almagro, de la Real Academia Española. Vinieron otras críticas, seguramente arrastradas por aquella locomotora potente. Me suscribí a un servicio de recortes de Prensa, no era caro, si se compara con el gusto (la vanidad) que me proporcionaba. Y yo mismo me asombré de mi atrevimiento cuando en un hotel cubrí la hoja policial con mi filiación, y de profesión, escritor.

ANTONIO PEREIRA